

## Juan Sebastián Vargas Ramírez. *Lenguajes políticos liberales en la Nueva Granada.*

Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2024. 301 páginas.

Este libro, originado como trabajo de grado de la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander, constituye un importante aporte a la historia del liberalismo neogranadino durante el siglo XIX, con especial énfasis en el convulsionado año electoral de 1848. Su objetivo es analizar los usos y contenidos de la palabra *liberal*. Dividido en cinco capítulos, Vargas advierte que los tres primeros son introductorios, mientras que los aportes originales se concentran en los últimos dos. Aunque estos capítulos iniciales podrían parecer prescindibles, resultan necesarios para comprender el argumento central del libro.

En el primer capítulo: “Historia de los lenguajes políticos liberales: debates teóricos que los sustentan”, el investigador expone el método basado en la *historia intelectual*, particularmente en la *historia de los lenguajes políticos*. Retoma los postulados de Javier Fernández Sebastián, uno de los principales estudiosos del liberalismo en Iberoamérica, y cuestiona la perspectiva tradicional de la *historia de las ideas*, que presenta una narrativa histórica que presupone la existencia de un “liberalismo virtual” que nace con la obra de autores clásicos como John Locke y Adam Smith, cuya importación artificial a tierras iberoamericanas fue un fracaso. Contrario a esta visión, Vargas subraya el hecho de que los primeros usos políticos de la palabra *liberal* surgieron en lengua hispana, específicamente en el contexto de las Cortes de Cádiz en 1810, donde se utilizó por primera vez como un sustantivo político. Este proceso fue clave en la resemantización que marcó el inicio de su protagonismo en el vocabulario político moderno. “Contrario a los supuestos de las construcciones conceptuales anacrónicas acá presentadas, los únicos testigos que dan testimonio fiel de los usos políticos de la palabra ‘liberal’ y sus derivadas son las fuentes mismas” (pp. 43-44). Con esta base, Vargas plantea como objetivo realizar una historia lexicográfica de la palabra liberal. De igual modo, también menciona su interés por explorar los *lenguajes políticos liberales*, definidos considerando que “en torno a la palabra ‘liberal’ se aglutinaron distintas figuras retóricas con el fin de obtener legitimidad política y moral”. Sin embargo, a lo largo del texto, la distinción entre el análisis de

la palabra y el de los lenguajes políticos liberales no siempre resulta clara y ello genera cierta confusión metodológica.

En el segundo capítulo: “Historia de los usos de una palabra: la politización de ‘liberal’ y la coexistencia de su sentido moral en el siglo XIX”, ofrece un sintético recorrido histórico por el desarrollo semántico de la palabra “liberal” desde la Roma republicana hasta la mitad del siglo XIX en la Nueva Granada. De este balance Vargas extrae que, en latín, el término *liber* significa libre y generoso, del cual se extrajo el adjetivo *liberalis*. Establecido como un adjetivo moral, fue hasta el siglo XIX que comenzó su transformación en España como ya habíamos mencionado, aunque no perdería del todo su significación moral primigenia. Apoyándose en las investigaciones realizadas por María Teresa Calderón y Carlos Villamizar, enmarcadas en el proyecto de Iberconceptos, se constata que desde 1810 hasta 1845 esta palabra adquirió un amplio protagonismo en el vocabulario político, apareciendo adjetivado como ideas liberales, gobiernos liberales, leyes liberales, etc.<sup>1</sup>

El tercer capítulo: “1848: umbral de los lenguajes políticos liberales”, examina lo que el autor denomina “el aire liberal del mundo occidental”, centrándose en el impacto del desarrollo de la Revolución Francesa de 1848 y su influencia en la Nueva Granada a través de la circulación de ideas y autores de este momento revolucionario. En seguida, Vargas se centra en el desarrollo de la administración de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) y las reformas económicas lideradas por el secretario de Hacienda Florentino González según principios librecambistas. No obstante, en este punto, el enfoque cambia hacia una perspectiva más cercana a la historia de las ideas y las influencias, ya que se suspende el estudio de la “palabra liberal” para referirse a una serie de doctrinas y posturas de 1848 que *a priori* se presentan como “liberales” —por ejemplo, se refiere al liberalismo económico francés e inglés—, pero sin demostrar el uso explícito en las fuentes presentadas. Esta inconsistencia metodológica debilita el argumento del libro.

El cuarto capítulo: “1848: la lucha en torno a la legitimidad de la voz ‘liberal’. Campo electoral, partidos políticos y retórica”, aborda el desarrollo de la palabra liberal durante 1848 en el país y define los lenguajes políticos liberales guiado por la idea de que algunas palabras usadas en el debate público, como república, igualdad, orden, libertad, entre otras, se encontraban “en un plano de inmanencia liberal”. En palabras del autor, los “lenguajes políticos liberales se organizaban de acuerdo con la creación de un proyecto nominalmente ‘liberal’, las demás voces giraban en torno a él y se acomodaban a las

1 Este balance sobre el desarrollo de la palabra liberal pudo haberse enriquecido con una investigación reciente; sin embargo, dado que ambas investigaciones se publicaron el mismo año (2022) no fue posible una retroalimentación mutua entre los autores. No obstante, esto da cuenta del creciente interés por el tema, así como por el método utilizado. Nos referimos a Kevin Enrique Ramírez Cáceres, “El concepto liberal en la cultura política de la República de la Nueva Granada (1810-1853)” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2022) <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/81724>

necesidades de los actores que las enunciaban con un determinado fin político” (p. 133). Es por ello que Vargas concluye que hablar de lenguajes políticos en 1848 es hablar de lenguajes políticos liberales. Lo anterior lo sustenta con el argumento de que todos los actores políticos que pugnaron en la campaña presidencial de 1848 se reivindicaron a sí mismos como liberales, al igual que nombraban sus proyectos de ese modo. No obstante, él nunca aclara el proceso mediante el cual una *palabra* se convierte en un *lenguaje político* ni las implicaciones de este cambio. Metodológicamente esta distinción no es menor, ya que, al proponerse examinar los *lenguajes políticos liberales*, él se puede salir del análisis de la palabra liberal para ampliar su análisis a otros aspectos que consideró relevantes durante la campaña eleccionaria de 1848, lo cual, por supuesto, desdibuja sus premisas metodológicas.

En este capítulo también se examina el surgimiento de los partidos Liberal y Conservador y se rechazan las explicaciones tradicionales que ubican el surgimiento de los partidos en 1848-1849 con los escritos de Ezequiel Rojas, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro. Aquí Vargas argumenta que la utilización del vocablo partido en la Nueva Granada data de mucho antes de estas fechas, por lo que señalar que estos únicamente existieron cuando comenzaron a cumplir ciertos criterios, tales como organización, programas, doctrinas, etc., resulta ser anacrónico. Por tal motivo, concluye que “el origen de los ‘partidos políticos’ en la Nueva Granada se encuentra cuando se da un uso persistente de dicha voz por parte de diversos actores” (p. 167). Aunque esta crítica a la visión hegemónica de la historiografía sobre el origen de los partidos es bastante sugerente, la conclusión podría enriquecerse con estudios recientes sobre la evolución semántica de este término, como el trabajo de Luis Fernández Torres. Esta nueva literatura ha evidenciado que la mutación semántica de “partido” se conecta con el término facción, vocablo que comenzó a absorber la carga semántica negativa de la palabra partido, hasta que comenzó a ser aceptada paulatinamente. Una distinción útil para complementar la argumentación expuesta en esta investigación es que, durante las primeras décadas republicanas, el término partido se refería más a movimientos de la opinión pública. Es a partir de la Guerra de los Supremos cuando comienza a darse un cambio semántico decisivo para que la palabra comenzara a referirse a los movimientos políticos permanentes que competían en el ámbito político/electoral.<sup>2</sup> Por tanto, extrapolar el origen de los partidos políticos al mero uso del término resulta problemático. La génesis de los partidos políticos es un tema que merece un análisis más detallado por parte de la historiografía del país debido a las ambigüedades intrínsecas al término.

2 Zulma Romero Leal, “Ministeriales y opositoristas. La opinión pública entre la unanimidad y el ‘espíritu de partido’”, Nueva Granada, 1837-1839”, en *Disfraz y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX*, editado por Francisco Ortega Martínez y Alexander Chaparro Silva (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012).

En el capítulo final: “1848: usos y contenidos de la voz ‘liberal’ en los discursos de prensa”, se presenta un análisis de los enunciados discursivos de lo que Vargas identifica como dos partidos en la prensa bogotana durante julio y agosto de 1848, en el marco de la campaña presidencial que fue definida por el Congreso el 7 de marzo de 1849. Puntualmente se abordan tres temas que fueron predominantes en el contexto electoral de 1848: las concepciones sobre el gobierno y el poder, las ideas sobre economía política y la relación Estado-Iglesia. Según su análisis, estos partidos eran el Partido Liberal, representado en las publicaciones de *El Aviso* y *La América*, y el Partido Moderado Progresista, identificado a través del periódico *El Siglo*. Vargas observa que durante las elecciones estas agrupaciones no coincidieron plenamente en sus posturas sobre los cambios que necesitaba el país en materia política, económica y social. Sin embargo, él menciona que el triunfo del primer sector liberal provocó que la historiografía subsumiera al segundo grupo en el primero, obviando así las divergencias dentro del liberalismo neogranadino de 1848. Este diagnóstico es acertado: la historiografía suele pasar por alto el programa del partido “liberal moderado progresista” que lanzó Florentino González en su periódico. Sin embargo, parece exagerado considerar a estas agrupaciones como dos partidos políticos distintos, lo que obedece a la interpretación radical que Vargas hace de la palabra *partido*. Por otra parte, se puede comentar que, si bien resulta valioso examinar las propuestas de ambos sectores, que se reivindicaban como el “verdadero partido liberal”, esta sección presenta una confusión entre el estudio de la palabra liberal, los lenguajes políticos liberales y la existencia de estos dos partidos liberales. En el análisis de estas tres cuestiones, el enfoque se desliza hacia una historia de aquellos que se llamaban liberales y no de la palabra liberal, como se había planteado en un inicio. Lo anterior debido a que la utilización de la palabra liberal no estructura el hilo conductor del argumento.

Sin dudas, uno de los aspectos más destacados de esta obra radica en el esfuerzo de Vargas por justificar su aproximación al liberalismo neogranadino desde la perspectiva de la *historia de los lenguajes políticos*. En este sentido, la investigación se sitúa a la vanguardia de los nuevos estudios históricos enmarcados en la *historia intelectual* que ha venido reexaminando diferentes palabras y conceptos del vocabulario político y social. Este enfoque le permitió cuestionar algunos de los *lugares comunes* que la historiografía ha creado sobre el tema. Sin embargo, como se ha señalado a lo largo de esta reseña, la conceptualización y aplicación de las premisas teórico/metodológicas esbozadas no fueron completamente satisfactorias ni consistentes en el desarrollo del texto. Asimismo, la estructura de los capítulos podría haber sido distinta, pues da la impresión de que gran parte del libro se dedica a introducir el análisis del año de 1848, el cual resulta menos profundo de lo esperado. Este análisis, restringido a los primeros ocho meses de dicho año y centrado exclusivamente en los principales periódicos bogotanos de la élite intelectual y política, deja fuera no solo a otras regiones del país, sino también a actores fundamentales, como a los artesanos organizados en las Sociedades Democráticas. Por último, cabe

destacar los valiosos balances historiográficos que acompañan cada temática del texto, los cuales resultan útiles para los lectores interesados en los temas abordados. De igual modo, sobresale el esfuerzo del autor por reflexionar sobre la relación entre el lenguaje, la historia y el oficio del historiador, lo que aporta valiosas perspectivas al campo de estudio.

➡ **KEVIN ENRIQUE RAMÍREZ CÁCERES**

Universidad Nacional de Colombia, Colombia

[keramirez@unal.edu.co](mailto:keramirez@unal.edu.co) | <https://orcid.org/0009-0005-5456-2441>